

BIBLIOTECA ÁUREA HISPÁNICA

Universidad de Navarra

Editorial Iberoamericana

Dirección de Ignacio Arellano,
con la colaboración de Christoph Strosetzki y Marc Vitse

Biblioteca Áurea Hispánica, 26

LOCA FICTA:
*Los espacios de la maravilla en la Edad
Media y Siglo de Oro*

ACTAS DEL COLOQUIO INTERNACIONAL, PAMPLONA, UNIVERSIDAD
DE NAVARRA, ABRIL, 2002

IGNACIO ARELLANO (ed.)

Universidad de Navarra • Iberoamericana • Vervuert • 2003

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

0118512136

Bibliographic information published by Die Deutsche Bibliothek
Die Deutsche Bibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie;
detailed bibliographic data is available in the Internet at <http://dnb.ddb.de>

Agradecemos a la Fundación Universitaria de Navarra su ayuda en los proyectos
de investigación del GRISO a los cuales pertenece esta publicación.

Agradecemos al Banco Santander Central Hispano la colaboración para la edición
de este libro.

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2003
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2003
Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 84-8489-090-2 (Iberoamericana)
ISBN 3-89354-418-6 (Vervuert)

Depósito Legal: M. 15.029-2003

Cubierta: Cruz Larrañeta

Impreso en España por Imprenta Fareso

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

ESPACIOS DE LA MARAVILLA EN *LAS ABIDAS* (1566)
DE JERÓNIMO ARBOLANCHE

Carlos Mata Induráin
GRISO - Universidad de Navarra

En su *Viaje del Parnaso*, Cervantes presenta a Jerónimo Arbolanche¹ (Tudela, h. 1546-1572) encabezando los ejércitos de los malos poetas que luchan contra los buenos:

El fiero general de la atrevida
gente, que trae un cuervo en su estandarte,
es Arbolánchez, muso por la vida (VII, vv. 91-93).

Y poco después el autor del *Quijote* se refiere a la única obra conocida del navarro, *Las Abidas*, con estas palabras:

En esto, del tamaño de un breviario,
volando un libro por el aire vino,
de prosa y verso, que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino
nos dio a entender que de Arbolanches eran
Las Abidas, pesadas de continuo (VII, vv. 178-83).

¹ Su apellido se cita en ocasiones con variantes: Arbolancha, Arbolanches, de Arbolancha, de Arbolanche, de Arbolanches, etc. Para el autor, ver sobre todo los trabajos de González Ollé, 1967, 1969-1972 y 1989, pp. 87-101; también Campo, 1964 y 1975; Castro, 1964, pp. 40-47; y Salinas Quijada, 1991, pp. 163-216.

De hecho, si el nombre de Jerónimo Arbolanche resulta conocido, ello se debe en buena medida a esta doble alusión cervantina². Su obra apenas ha merecido atención por parte de la crítica, con una notable excepción: me refiero a la edición facsímil de *Las Abidas* preparada por Fernando González Ollé³, que publicó acompañada de un exhaustivo estudio que se completaba con un vocabulario y la pertinente anotación. Puede afirmarse que el trabajo de González Ollé sirvió para recuperar la figura de este olvidado escritor para el panorama literario de su tiempo. Y, con independencia de la dureza del ataque cervantino y sus razones, no puede negarse que *Las Abidas* resulta una obra curiosa y, cuando menos, interesante.

1. ALGUNOS DATOS SOBRE *LAS ABIDAS*

Las Abidas (Zaragoza, 1566) es un largo poema narrativo formado por unos once mil versos (la mayoría endecasílabos blancos), que se distribuyen en nueve libros. Arbolanche lo compuso cuando contaba unos veinte años de edad. Ya Menéndez Pelayo explicaba que «lo raro de su asunto, lo libre y holgado de su ejecución, la variedad de metros en que está escrito, la mezcla de elementos caballerescos y pastoriles que en él caprichosamente se combinan»⁴ han hecho que los críticos lo hayan estudiado más como novela que como poema con pretensión de heroico: «Es ciertamente un parto de la fantasía novelesca, a la vez que uno de los más curiosos ensayos que se han hecho para poetizar las oscuras tradiciones de la España prehistórica»⁵. En él reelabora el escritor navarro el único mito turdetano que se conserva íntegro a través de la narración de Trogo Pompeyo abreviada por

² «Pero es la mala fama la que ha hecho, en alguna medida, famoso a Arbolanche, ya que esa mala fama descende principalmente de la más alta cumbre literaria. Nada menos que como jefe de los malos poetas en su lucha con los buenos, lo presenta Cervantes en el *Viaje del Parnaso*: [...] y éste es el único motivo para que algunos críticos e historiadores se acuerden del poeta tudelano» (González Ollé, 1969, p. 22).

³ Jerónimo Arbolanche, *Las Abidas*, edición, estudio, vocabulario y notas de Fernando González Ollé, Madrid, CSIC, 1969-1972. En este trabajo citaré por este facsímil, pero modernizando las grañas.

⁴ Menéndez Pelayo, 1943, p. 163.

⁵ Menéndez Pelayo, 1943, p. 163.

Justino (libro XLIX, cap. IV), la historia de Abido, nacido de la relación incestuosa del rey Gargoris con su hija. Al nacer el príncipe, el rey ordena arrojarlo al mar, pero es salvado de las aguas por orden del dios Neptuno; amamantado en una cueva por una cierva, Abido es prohijado por el pastor Gorgón y se cría entre pastores en el campo⁶, circunstancia que da pie a la inclusión de numerosos episodios bucólico-sentimentales, que conforman el entramado principal de la obra. El príncipe vive «con traje pastoril y bajo oficio» (fol. 70v) hasta que se produce la anagnórisis final (posible gracias a unas señales que oportunamente se le hicieron en el brazo al nacer), es reconocido por el rey y recupera su alta posición y la condición de heredero.

Quien mejor ha estudiado a Arbolanche y *Las Abidas* es, como ya indicaba, González Ollé. Resulta bastante difícil poder añadir nada más a lo que, con su acostumbrado rigor, aportó en su momento este crítico. Ningún detalle escapa a su análisis, tanto en lo relativo al autor (biografía, personalidad, cultura literaria, actividad poética, fama...) como a la obra (explicaciones sobre el título, su rareza bibliográfica, datos de publicación, fama y crítica, lengua, estructura literaria, argumento, temas principal y secundarios, género literario, estilo, su posible carácter de obra en clave, las fuentes y su función, la métrica...). En lo que sigue, me valgo de sus aportaciones y, por supuesto, remito a su trabajo para ampliar detalles.

González Ollé ha puesto de relieve el carácter politemático de *Las Abidas*, obra que se construye con materiales de muy heterogénea procedencia: en ella se mezclan elementos de la novela pastoril, la bizantina, la caballeresca, el poema mitológico-bucólico, rasgos épicos, líricos, alegóricos, mitológicos, digresiones eruditas y geográficas, etc. El asunto central es la leyenda de Abido, que es en sí equiparable a una novela bizantina⁷: la obra va a referir «los casos, los sucesos, las fortunas / que sufrir pudo el miserable Abido» (fol. 12r), nacido prín-

⁶ Rasgo que lo emparenta con otros héroes clásicos; ver Rank, 1961.

⁷ Como bien prueban los numerosos rasgos que enumera González Ollé, 1969, pp. 89-90: «nacimiento incestuoso, señales en el brazo, abandono por su padre para hacerle perecer, prodigiosa salvación de las aguas del mar, crianza por una cierva salvaje, vida en comunidad con los animales hasta su captura, oficio de pastor, absoluto desconocimiento de sus padres y de su estirpe regia, amor repentino que se frustra inmediatamente por muerte violenta y súbita de su amada, enamoramiento de su desconocida madre la primera vez que la ve, viaje por re-

cipe pero relegado a una existencia de pastor. Sin embargo, el género bucólico impregna varios de los nueve libros, hasta el punto de que su enorme desarrollo cuantitativo llega a ahogar el tema principal⁸. En resumen, en palabras del mencionado crítico:

Esta obra, de contenido politemático, es estructuralmente una leyenda, en verso, muy influida en su desarrollo por la novelística bizantina (hasta el punto de que igualmente podría adscribirse a este género); se desenvuelve en su mayor parte en un marco bucólico que llega a desbordar al tema principal; su motivación básica es de carácter amoroso y contiene también, con sustantividad suficiente para citarlos aquí, motivos alegóricos, sobre todo, y caballerescos. Estimo que sólo así puede darse cabal idea de cómo es la obra de Arbolanche⁹.

Destaca González Ollé la multiformidad, la profusión de ingredientes heterogéneos que Arbolanche vierte en su obra, integrándolos en unidad; en ella están presentes todos los temas literarios en boga en la época, con intención de crear una obra totalizadora: «Más erudito que poeta, más atento a no omitir ningún material aprovechable que a su idoneidad, más preocupado por agotar las posibilidades del detalle que por la armonía del conjunto, el resultado es el abigarramiento, la heterogeneidad, la falta de medida que la obra presenta: un proyecto ambicioso que falló»¹⁰. Señala, en cualquier caso, que, aunque fallido, el de *Las Abidas* fue uno de los intentos contemporáneos en el camino de integración de los distintos géneros y estilos narrativos de la época, intento que felicísimamente culminaría en 1605 el ingenio complutense en su inmortal *Quijote*.

En cuanto al estilo, un rasgo detectado por González Ollé sería la visión estática de la realidad¹¹. En efecto, la estructura narrativa se ve continuamente entorpecida o frenada, y aun inmovilizada, porque lo narrativo está aquí en función de lo descriptivo. Otra nota esencial es el gusto por lo ornamental: señala el crítico que en Arbolanche el eru-

giones fantásticas y ultraterrenas, escapando prodigiosamente de diversos peligros, hechizos, cambio de figura, anagnórisis final, con la consiguiente recuperación debida a su origen».

⁸ Ver González Ollé, 1969, p. 98.

⁹ González Ollé, 1969, p. 106.

¹⁰ González Ollé, 1969, p. 106.

¹¹ Ver González Ollé, 1969, p. 110.

dito prevalece siempre sobre el poeta, porque su orgullo de humanista le lleva a aprovechar cualquier ocasión para sacar a relucir sus conocimientos en forma de constantes digresiones: «Arbolanche procede en este aspecto sin tino ni medida, de modo que sobre su libro gravita una carga de erudición inoperante muy superior a la que armónicamente podría soportar»¹². Esa «intemperancia erudita» da a la obra una impronta «marcadísimamente culta», pero que va en detrimento de su valor literario. Por lo que hace a la métrica, González Ollé, como otros críticos, pone de manifiesto la habilidad del escritor tudelano en el manejo del metro corto: «Arbolanche resulta buen versificador —y buen poeta— en versos cortos. La facilidad, frescura y gracia de sus poesías tradicionales ha sido, unánimemente alabada»¹³.

2. ESPACIOS DE LA MARAVILLA EN *LAS ABIDAS*

Son bastante numerosos los espacios de la maravilla que encontramos en el poema de Arbolanche. El hecho de que en *Las Abidas* se dé entrada a multitud de elementos caballerescos, pastoriles, mitológicos y alegóricos, favorece la inclusión de tales espacios maravillosos, si bien la función de los mismos es distinta en cada caso. Muchas veces se trata de una mera alusión, fruto del alarde de erudición del humanista Arbolanche, que desea mostrar a toda costa sus amplios conocimientos. En otras ocasiones, sin embargo, la mención del lugar de la maravilla presenta un mayor desarrollo. Así, uno de los pasajes más interesantes —para nuestro objeto— es el de la descripción alegórica de los Campos Elíseos, que ocupa todo el libro VII y se prolonga en el libro VIII con la visita de Abido a los lugares donde habita Climene, la diosa Ocasión.

¹² González Ollé, 1969, p. 111.

¹³ González Ollé, 1969, p. 171. Menéndez Pelayo, 1943, p. 164, calificaba los versos cortos de Arbolanche de «fáciles, melodiosos y de apacible sencillez»; Castro, 1963, p. 43a, dice que «tienen una dulzura, sentimientos y armonía que en nada envidian a lo mejor de Jorge de Montemayor»; Schevill y Bonilla, ed. *Viaje del Parnaso*, 1922, pp. 188-89, escribían: «No es Arbolanche poeta despreciable, a pesar de las burlas de Cervantes, del canónigo sevillano Pacheco y de otros (como Villalba y Estaña, en su *Pelegrino curioso*)».

2.1. *Espacios maravillosos meramente aludidos*

Tenemos, en primer lugar, algunos lugares de la maravilla que aparecen meramente aludidos: sirven como término de comparación o bien entran en alguna de las digresiones habituales con que Arbolanche adorna su relato. Hay palacios maravillosos como el «cristalino alcázar» o «palacio diáfano» del dios de las aguas, Neptuno (fols. 13v y 14r); el alcázar de la diosa Fortuna («mi alcázar puesto en las regiones / del aire más furiosas y encumbradas», fol. 89r) o los palacios del Sol (fol. 90v). En un plano más modesto, podríamos citar la casa que una nereida ofrece fabricar con huesos de ballena y conchas para alojar a Abido, del que súbitamente se ha enamorado¹⁴ (fol. 111v).

Lugares infernales, subterráneos o peligrosos mencionados son la laguna Estigia (fols. 71v y 91r; se indica que jurar por estas «lagunas infernales» es juramento reservado a los dioses, fols. 111v y 178r); el Leteo (fols. 71v y 182r); la honda, oscura y tenebrosa cueva de Caco (fol. 85r); el laberinto construido por Dédalo para encerrar al Minotauro (fols. 53v, 86r, 100r, 100v, 107r y 176v); Scilla, Caribdis y las Sirtes (fol. 110v; a las Sirtes ya se había aludido también en el fol. 58v); las «cavernas hondas» de Cancerbero (fol. 118r); los «horrentes lagos del gran Plutón» (fol. 157r) y una alusión a los infiernos visitados por Eneas (fol. 66r); «la casa deleitosa / de Circe» (fol. 166r); la morada de Melampisme, medio pez, medio hombre, que «vive en las cavernas / de Betis profundísimas y cóncavas» (fol. 182v). Se habla de regiones inhóspitas como la fría Scitia («la nieve en Scitia helada», fol. 33r; «la nieve / de Scitia», fol. 79r; «la Scitia / llena de yelos y confusas nieves», fol. 165v). Un mayor desarrollo alcanza la mención del jardín de las Hespérides en las Islas Afortunadas:

Su capitán Hespero le sucede
haciendo un huerto para sus tres hijas,
que llamaron Hespérides un tiempo,
de Canaria en las Islas Fortunadas,
y no de aquellos árboles que traen
el fruto que se come acá en el mundo,
mas de árboles que traen el fruto de oro,

¹⁴ Cumpliéndose así el vaticinio que señaló que se enamorarían de él todas las mujeres que lo viesen.

y veis cómo el dragón que siempre vela
 parece que encoraja contra Alcides,
 mas él con una mano el dragón tiene,
 con la otra las manzanas recogiendo,
 y así le deshereda de su huerta (fols. 83v-84r).

En fin, escenario de hechos maravillosos son el mar Muerto, en cuyas aguas, «por maravilla grande», no se hunden los objetos de hierro en ellas arrojados (fol. 150v); o las aguas del río Reno, adonde son lanzados los niños recién nacidos para comprobar si son legítimos:

Ves allí el río Reno que por cuatro partes
 muestra nacer, [...]

del cual los riberanos acostumbran
 los infantes echar recién nacidos,
 porque aquel que fuere hecho en adulterio
 se sorbe, y nunca más dél saben nuevas,
 pero si justamente es engendrado
 sácale libre y sano a la ribera (fol. 152v).

2.2. *La Arcadia bética*

La acción de *Las Abidas* se sitúa en los campos y llanuras de Tartesia (el mítico reino peninsular de Tartessos), identificada con Andalucía, y buena parte de los episodios pastoriles ocurren a las orillas del río Betis y cerca de la ciudad de Hispalis. La geografía mencionada tiene casi siempre un correlato real, y abundan los topónimos de la Península Ibérica: Betis, Hispalis, Calpe, Tajo, Guadiana, Segre, Ebro, Duero, Arga, Pirineos, Moncayo, Tubela (es decir, Tudela, la patria natal del autor), etc. Sin embargo, pese a la localización de la acción en un ámbito real, la región bética constituye un lugar maravilloso en tanto en cuanto sus aguas, riberas y florestas están pobladas por ninfas, nereidas, napeas, dríadas, náyades, faunos, silvanos, sátiros, lares y otras divinidades mitológicas.

Los episodios amorosos de corte pastoril tienen como escenario el habitual *locus amoenus*, como el tópicamente descrito al comienzo del libro II:

Todos con gran descanso reposaban
 sobre la verde yerba y noto gramen

debajo de altos olmos y de encinas
 al murmurar del viento, que silbando
 andaba por las hojas tremulosas
 al son de claras hondas que, corriendo
 ligeramente por los verdes llanos,
 hacían un ruido a todos agradable,
 y al son de dulces y sonoros grillos
 que por las aberturas terrenales
 las convecinas selvas alegraban (fol. 29r).

Estos campos (la selva Zerasa, la selva Sirintha...) presentan valles amenos y floridos, verdísimas riberas, selvas nemorosas, arboledas frondosas... (que contrastan con los «valles umbrosos», las «selvas umbrías» o las «tremulosas espesuras») y están idealizados: abundan en ellos las fuentes y los ríos de cristalinas aguas, las ovejas dejan de pacer o las corrientes se detienen para escuchar los lamentos de estos pastores, que graban los nombres amados y sus quejas de amor en las cortezas de las hayas, etc. Se trata, en fin, de un espacio idílico («selva deleitosa amena», fol. 34v), tópicamente descrito, y no merece la pena detenerse en el comentario. Sí cabe reseñar que es en los episodios amorosos que se desarrollan en este ambiente rústico, pero idealizado, donde se incluyen los mejores versos de la obra, los cortos, unánimemente elogiados por cuantos han escrito acerca de *Las Abidas*. Copio uno de estos poemas a modo de ejemplo:

—¿Cómo os vais, señora mía,
 llevando mi alma robada?

—Yo, pastor, no llevo nada.

—Si lleváis mil corazones
 y entr'ellos mi corazón,
 y en sola una perfección
 lleváis dos mil perfecciones,
 no aguardéis a los pregonés:
 volved la cosa robada.

—Yo, pastor, no llevo nada.

—Lleváis nombre de dulzura
 más dulce que nadi oyó,
 y si alguna le llevó,
 fue prestado, por ventura,
 hasta ser vuestra hermosura

en el mundo celebrada.

—*Yo, pastor, no llevo nada.*

—¿Y ese aire tan donoso,
ese semblante risueño,
ese andar tan halagüeño,
ese reír amoroso
y ese mirar tan sabroso,
que lleváis ell alma atada?

—*Yo, pastor, no llevo nada* (fols. 103r-103v).

2.3. *El alcázar de Gargoris*

El alcázar levantado por Gargoris para celebrar las fiestas agonales en la ciudad de Hispalis (libros IV y V) constituye también, sin lugar a dudas, un espacio de la maravilla. El alcázar regio está adornado con numerosas pinturas, cuya hermosura y resplandor causan la admiración de Abido:

Atónito me veo como cuando
aquel Faetón, enviándolo su madre,
entró en casa del padre rutilante,
el cual dudoso era antes qu'él viniese
y ya que dentro fuese se turbaba
de la lumbre que daba aquel palacio
viendo en tan poco espacio tantas cosas
y tan maravillosas debujadas (fols. 68v-69r).

Los demás pastores describen con asombro los cuadros de asunto mitológico y legendario allí pintados (fols. 69r-69v). El alcázar (más adelante es calificado de «gran palacio», «triumfante sala», fol. 87v), que cuenta con ventanas de oro (fol. 72v) y vistosos arcos triunfales (fol. 72r), es el escenario del torneo caballeresco, para el que se han levantado varios tablados. El rey aparecerá acompañado de su guardia, que lleva librea roja y «bisarmas / de reluciente plata guarnecidas» (fol. 69v; «con librea / pomposa y hinchazón muy entonada», se añade en el fol. 86r) y de un espléndido cortejo de caballeros y damas. No menos vistoso es su carro triunfal, labrado de blanco marfil y piedras preciosas (véanse los fols. 69v-70r). También se detallan las galas, armas y arreos de los caballeros que participan en el torneo (fols. 72v-74r).

Arbolanche describe con minuciosidad las figuras esculpidas en el yelmo que Palmira entrega a Albaneto (fols. 74v-75v) y el arnés que le ofrece Gargoris (el cual lleva grabadas nada menos que las efigies de los veintitrés reyes que le precedieron en el trono de Iberia, fols. 81v-85r), el sayo pastoril que se concede a Abido, que tiene entretejida la historia del hijo del rey Minos (fol. 100r) o el garbín labrado por Galatea ofrecido como premio a Andria, que presenta bordada la historia de Hipómenes y Atalanta¹⁵ (fols. 102v-103r).

En las cercanías de este alcázar tiene lugar el sueño o visión de Abido, cuando se le presenta Febetor, con la apariencia de la diosa de la Fortuna¹⁶, para anunciarle su llegada a los Campos Elíseos:

El cual moviendo perezosamente
sus lentos pies, se vino a la ribera
de Betis, convirtiéndose en la forma
de aquella que en aquel siglo llamaban
Fortuna, celebrándola por diosa:
púsose como dama muy pujante
armada como sublime amazona
y en los variables pies con una bola
y con una ligera y ancha rueda
en las manos... (fols. 88r-88v).

¹⁵ Para este procedimiento literario consistente en la descripción minuciosa de objetos, ver González Ollé, 1969, p. 115-18.

¹⁶ La Fortuna ya había sido mencionada antes: se la presentaba en un carro de cristal tirado por delfines y nereidas (fol. 33v) y en varias ocasiones se alude a su rueda (fols. 33v, 46r, 88v, 121r...). Cleantes le reprocha su carácter mudable en un largo parlamento (fols. 121r-122r). Ella misma, al aparecerse a Abido, dice que es «variable y inconstante en todas cosas» (fol. 88v). De hecho, es su intervención lo que explica que Abido se haya visto desposeído de su condición principesca (fol. 89r). Más adelante Adriana clama contra la «perversa Fortuna» llamándola «inconstante, / ciega, envidiosa, débil y mudable»: «ya veo que de vidrio frágil eres; / fiar se debe en ti con escaseza / al tiempo que demuestras dulce rostro, / que, aunque potente, tu variedad grande / proseguir no te deja en buenos hechos: / encumbras a los bajos en altura / y abajas a los altos al profundo» (fol. 167r). Abido le indica que no debe quejarse de la Fortuna, porque es vengativa (fol. 167r). La misma idea acerca de la inconstancia de la Fortuna se repite en otros lugares: «subís en alto a un mísero vaquero / juntando a los palacios las majadas» (fol. 95r); «viendo el extraño enriedo y gran revuelta / en que le había tenido la Fortuna / haciéndole pastor de hijo de reyes» (fol. 179v), etc.

2.4. *Espacios maravillosos relacionados con las aguas*

Tenemos varios ejemplos. Por un lado, el mar es escenario del salvamento milagroso de Abido recién nacido: el príncipe es rescatado de las aguas por orden del dios Neptuno, que envía a algunas ninfas a recogerlo (fols. 13v-14r; circunstancia que se recuerda en los fols. 181r y 182r¹⁷). Más adelante es Ródano quien precipita al mar a Abido, pero es salvado por otra ninfa, súbitamente enamorada de él. Algo parecido sucede en el río Betis, donde una náyade salva a Hircania, la bella mujer que se arroja a sus corrientes al verse pretendida por dos hermanos, Gorgón y Silvestre («se echó a las ondas con una ansia esquivada», fol. 44v). En estos tres casos, se menciona el suceso, pero no hay una descripción del mismo. Más interesante resulta la alusión a cierta laguna (fols. 65v-66v) dedicada a las ninfas y cuyas aguas tienen propiedades y virtudes mágicas:

... porque no menos transparente y claro
estaba que el Caíster¹⁸, sonoroso
por los cantores cisnes que en él viven,
por lo cual se tenía entonces por cierto
allí las ninfas fabricar su albergue,
que así como si fuera cristalina
manifestaba sus secretos senos,
y en torno en la mojada y roja arena
no había pisadas de animal silvestre
ni de corderos, cabras, ni de bueyes,
ni aun de pastor, ni había señal alguna
de haber vivido allí las leves aves
por reverencia de las ninfas célebres,
y no obstante esto, ramo ni hoja alguna
de la corona de las verdes plantas
que en rededor está, no ha sido echado
por el furioso¹⁹ viento dentro el agua,
ni piedras que de ajeno lugar fuesen (fol. 66r).

¹⁷ Eco del episodio de Virgilio, *Georgica* IV, en que las ninfas del Peneo salvan a Aristeo.

¹⁸ El Caíster poblado de cisnes se menciona también en el fol. 103r.

¹⁹ El original trae «furroso», que creo debe considerarse errata.

El cabrerizo Cruzanto se mete por allí «no teniendo / cuenta con la virtud de aquellas aguas», y su osadía resulta castigada: cae del asnillo que monta y abraza las aguas, provocando la risa de los demás compañeros de viaje. Otra laguna —que recuerda la leyenda de la Laguna Negra, en Soria— es la que se menciona en el libro octavo:

Echa de ver al cristalino Duero
a quien la sierra Orbión siempre vomita
de la laguna grande de su cumbre
tan honda, que ha negado el firme suelo.
Laguna que ha mostrado muchos tiempos
cosas monstruosas y de horrible especie (fol. 153v).

Con el agua se relaciona también la mágica transformación de Abido en Alfeo, pero este episodio lo estudio más adelante.

2.5. Selvas, cavernas y cuevas

Frente a los amenos bosques y floridas selvas que son escenario de las aventuras pastoriles, de signo amoroso, tenemos otros lugares que ocultan monstruos y representan peligros o situaciones de prueba para el héroe. No olvidemos que, recién salvado de las aguas, Abido es amantado por una cierva en una cueva (fols. 14v-16r²⁰), aunque esa caverna simplemente queda aludida, y no llega a describirse. Una selva llena de animales protege la «caverna honda y oscura» que sirve de albergue a Febetor, uno de los principales hijos del Sueño:

Allá en Chimeria, tierra despoblada
do nunca el Sol su luz clara demuestra
ni la Diana sus tan blancos rayos,
antes llena de sombras y de nieblas
está, ni habitan hombres ni animales,
ni aves, mas siempre la perpetua noche
reina, dando reposo sin ruido.
Allí hay una caverna honda y oscura
entre peñas muy alta fabricada

²⁰ Circunstancia que se recuerda en los fols. 115v, 181v y 182r.

donde nasce una fuente, que es su nombre
 de Leche, por su grande dulcedumbre,
 cuyas meladas gotas mansamente
 caen de piedra en piedra cristalina
 haciendo un lento y plácido murmullo
 para dormir del todo aparejado;
 allí nascen beleños y otras yerbas
 de que se aprovechaban, según dicen,
 para aplacar el ruido de los orbes
 las diosas de la noche en otro tiempo;
 allí no hay puerta con que se haga estruendo
 ni hay portero que impida a los mortales,
 antes todo es reposo y gran sosiego.
 En este albergue Febetor vivía... (fols. 87v-88r).

Al comienzo del libro sexto, tras haber escuchado las proféticas palabras de la Fortuna, aparecida en sueños, Abido sale en busca de Climene, que también tiene su refugio en una oscura selva:

... parte determinado, y por boscajes
 se mete llenos de silencio obscuro
 donde los vientos cuando acaso hieren
 las tremulosas hojas de los árboles
 hacen un ruido sordo que amedrenta
 los corazones de la humana gente (fol. 106v).

La tierra por la que se interna está «llena de fieras y espantosas sierpes / que el viento quebrantaban con sus silbos, / duros azotes a la madre tierra / con sus agudas colas sacudiendo» (fol. 107r). Entre otros animales peligrosos, se mencionan el basilisco, las víboras, las tarántulas, la culebra y el cocodrilo (fols. 107r-107v). Abido descubre entonces a un hombre «en una peña infiesta y encumbrada» (fol. 107v). Esa «peña dura» (fol. 108r) es el peñasco desde el que Ródano atrae con engaños a los caminantes para arrojarlos al mar como tributo a su amada: «aqueste, con engaño de la peña / en que estaba arrojando al agua ondosa / los hombres, pretendía hacer servicio / a su señora» (fol. 110r). Abido no se libra del trance, pero de nuevo es salvado por una ninfa. El héroe sigue avanzando «por sombrosas selvas / dejando atrás muy encerrados valles / por muy secretas partes, do ni gentes / ni balantes ganados se sintían» (fol. 115r). Llega ahora a la «cueva oscura»

(fol. 115v), situada también en un peñasco, del antropófago Cleantes (fols. 115r-115v). Cleantes —trasunto del Polifemo antropófago, de la misma forma que Ródano lo era del Polifemo enamorado²¹— ataca a los hombres y, cuando no los hay, hace abortar a su mujer Palestina para comer las carnes del feto que «en largos asadores espetaba» (fol. 115v). No nos extrañará que Abido intente pasar de largo con presurosos pasos. Sin embargo, es capturado y el monstruo lo lleva a «la caverna oscura» (fol. 116r) donde Palestina «una caldera grande hervir hacía / [...] y a pedazos / echaba a cocer carnes de hombres muertos» (fol. 116r). Pero la esposa de Cleantes también se enamora de él, y con su ayuda logra escapar de «estos solitarios campos llenos / de plantas intractables y de peñas» (fol. 118r).

2.6. La descripción alegórica de los Campos Elíseos

Como señala González Ollé, el alegórico es uno más de los elementos componentes de la obra. Está circunscrito a determinados pasajes, íntimamente integrado dentro de la leyenda de Abido, ya que supone una función dinámica en el desarrollo del motivo principal. En la visión o sueño del protagonista (libro V) se le indica la forma para recuperar su condición principesca, para lo cual debe pasar primero por los Campos Elíseos. La alegoría se desarrolla sobre todo en el libro VII, cuando Abido llega a unas «veredas amenas» donde descubre la celestial morada. Para moverse por estos ámbitos contará con la guía del alma de la ninfa Isabela, que murió como consecuencia de una desafortunada caída cuando él la perseguía requiriéndola de amores²². Hay allí un castillo que tiene siete puertas de hierro, que corresponden a las siete virtudes. Esta visita a lugares ultraterrenos contando con la guía del espíritu de la amada tiene evidentes modelos de raigambre clásica²³.

Los Campos Elíseos aparecen varias veces aludidos en los fols. 23r, 24r, 29v, 89v, 113v, 170r, 182r y 184r. Se afirma que están vedados a

²¹ Ver González Ollé, 1989, pp. 91-92.

²² Se trata de un eco del mito de Eurídice expuesto en la *Georgica* IV de Virgilio.

²³ Para las visiones del otro mundo, ver Patch, 1983 (especialmente el capítulo V, «Viajes al Paraíso»), y Lida de Malkiel, 1983.

los mortales hombres (fol. 89v) y que los caminos que llevan a ellos están poblados por «gentes indómitas y estrañas» (fol. 89v). Una driada advierte a Abido que el camino que pretende tomar conduce «a los Elíseos / campos, donde no es lícito entrar nadi / con el cuerpo mortal, por ser asiento / a las defuntas almas dedicado» (fol. 113v). Pero es en el libro VII donde, en un extenso episodio alegórico, se habla de ellos con más detalle. Así se refiere la llegada de Abido a la región:

Entraba Abido por secretas sombras
de muy secretos y acopados árboles
por veredas amenas y por bosques
afortunados, donde las abejas
andaban susurrando, y por los ramos
remurmuraba el sonoro viento,
qu'en la selva Nemea no había tanta
diversidad de plantas, ni en la Herzina (fols. 126v-127r).

La descripción de la selva se hace a través de una pesada enumeración de una serie de nombres de árboles (seguida de otra de aves). Tras las desdichas padecidas por Abido, llega por fin a un lugar de regalo y gozo, los Campos Elíseos, que se encuentran en la misma Tartesia:

...imaginaba
ser llegado a las tierras de Climene,
y no se acuerda que de los antiguos
astrólogos y sublimes sibilas
había sido mil veces declarado
que en estos campos de la gran Tartesia,
que después han llamado Andalucía,
fértiles más que cuantos tiene el mundo,
estaban los nombrados Eliseos
donde (según algunos discantaban)
era el albergue de los ya difuntos,
donde no hay hambre, ni la sed maltrata,
ni hay frío, ni calor, ni noche oscura,
antes todo es reposo y alegría,
todo es gran claridad y dulcedumbre (fols. 127v-128r).

Pasa Abido por anchos y espaciosos llanos, repletos de flores, que despiden aromática fragancia (hay aquí una serie acumulativa de nom-

bres de flores). Luego ve, por entre la espesura de unos altísimos árboles «que al cielo amenazaban con sus cimas», un maravilloso alcazar:

... un hermoso castillo, algo más bello
que aquel que vio Faetón con sus colunas
y las grandes pirámides nombradas
y que la torre que hizo Ptolomeo
en la ínsula de Pharo, y qu'el gran templo
que fue hecho en Éfeso a la Diana
porque tenía las torres espesísimas
con las almenas todas de oro fino,
de oro más bello qu'el que Tajo cría,
ni qu'el Pango monte de la Tracia,
ni el que nos dan los pueblos dichos dardos (fols. 128r-128v).

El palacio tiene cuatro torres construidas con materiales preciosos (oro, rubí, jacinto, cristal, esmeraldas, jaspe, etc.), de las que manan cuatro fuentes:

Eran las torres de rubí más fino
que se podía traer de la Masilia;
había entre estas torres solas cuatro
anchísimas y de hermosura grande:
la una era de jacinto, de Etiopia
al parecer traído, y la segunda
de cristal muy más claro qu'el de la India;
la tercia de esmeraldas muy mejores
y de color más verde y más cendrado
que las de Scitia y que las eritreas;
la cuarta de color varia de jaspes.
De aquellas cuatro torres procedían
fuentes muy dulces de aguas cristalinas (fol. 128v).

En una de las fuentes ve Abido multitud de gentes (doncellas, viejos y mancebos) dándose gran prisa por bañarse, y piensa que puede tratarse de ninfas refrescándose después de las fatigas de la caza. En realidad son almas que, por no estar del todo limpias, no han podido entrar al «ínclito palacio». Es en este momento cuando el mozo descubre el alma de la muerta ninfa Isabela. Ella le pregunta si es un espíritu, ya que no se explicaría que, siendo todavía mortal, hubiese podido entrar

en aquella morada concedida a las almas fúnebres. Abido, tras aclararle que todavía conserva juntos cuerpo y espíritu, pregunta por qué las almas desean bañarse en «aquel hondo lago». Isabela se complace en contestarle para que pueda dar noticia al mundo: son las almas no limpias que han visto rechazada su entrada al «soberano alcázar» de los Campos Elíseos. Antes deben purgar sus pecados, cosa que sólo puede hacerse una vez cada siete años. Pregunta después Abido por qué la «rica casa» está adornada «de siete puertas / de hierro, al parecer más firme y duro / que aquel que crían los calibes pueblos» (fol. 130v). Isabela le va explicando el sentido alegórico de las siete puertas, que se corresponden con las siete virtudes: Fe, Esperanza, Caridad, Prudencia, Templanza, Fortaleza y Justicia.

1) La primera puerta es la de la Fe, a la que se ve con una llave de oro en una mano, mientras que con la otra se aprieta los labios:

En la primera puerta, que tú apenas
pues devisar sino por entre plantas,
está la Fe, que es dama muy hermosa;
esta Fidelidad tiene una llave
de oro en la una mano, y con la otra
aprieta los dos labrios, demostrando
y encomendando a todos el secreto,
y así a los que el secreto bien guardaron
ésta acogió, y contino está acogendo;
también acoge a los que justamente
fidelidad guardaron muy continua
a sus mujeres, y también las que a ellos
la supieron guardar; por esta puerta
entró el famoso Orfeo... (fol. 131r).

Y sigue una larga serie enumerativa, no sólo de aquellos personajes que entraron por ella, sino también de los que no pudieron hacerlo por desleales. Estas series sirven al poeta para poner de manifiesto su erudición, pero hacen muy pesado el pasaje. La misma estructura se repetirá en las restantes seis puertas.

2) La segunda puerta muestra a la Esperanza con una guirnalda de laurel y un espejo en la mano derecha:

La otra segunda puerta, en cuya guarda
ves que está la Esperanza enguirnaldada

del verde lauro, y en la mano diestra
 con un espejo claro y transparente,
 recibe a los que en su virtud fiaron,
 o por mejor decir, para alcanzalla
 en su ánimo y sus fuerzas... (fol. 133r).

Y se añaden las correspondientes largas series de aquellos que fiaron en su virtud y de los que no.

3) La tercera puerta está guardada por una dama con muchos hijos en su pecho y en sus brazos, la cual deja pasar a los caritativos:

La puerta en cuya guarda está una dama
 con muchos hijos en el pecho y brazos
 recibe a los que caridad usaron
 con su patria, con padres y parientes (fol. 133v).

Isabela señala ejemplos de los liberales que entraron por esta puerta por su piadosa caridad y de los que no, los ingratos, los que inventaron tormentos, los avaros, etc.

4) Guarda la cuarta puerta una doncella con una serpiente, la Prudencia, que recibe a los sabios, elocuentes y eruditos, no así a los olvidadizos:

La otra puerta que ves estar guardando
 una doncella con una serpiente,
 que es la Prudencia, hermosa sobre todas,
 recibe a los muy sabios y elocuentes,
 como hizo a Enio, a Píndaro y a Homero,
 y a otros muy eruditos y muy sabios (fol. 137v).

5) Delante de la quinta puerta se sitúa la Templanza, una doncella que anda traspasando una cantidad de agua de un vaso a otro. Esta puerta recibe a los morigerados y castos, y deja fuera a los comilones y lujuriosos:

La otra puerta que guarda la Templanza,
 una doncella que de un vaso en otro
 está virtiendo muy medidas aguas,
 recibe a los templados... (fols. 137v-138r).

6) La sexta puerta ofrece la particularidad de ser de acero fino, no de hierro. Delante de ella se ve a una mujer con armas desquijarando un león. Es la Fortaleza, que deja pasar a los fuertes, pero no a los flojos y regalados:

La sexta puerta que de acero fino
y no de hierro ves resplandeciente,
donde está una señora toda armada
desquijando un león fiero, recibe
los fuertes, por ser ella Fortaleza,
y los de ánimo grande y invencible (fol. 140v).

7) En fin, ante la séptima puerta Abido puede ver una doncella muy hermosa, con una espada y un peso²⁴, que da entrada a los justos varones y excluye a los soberbios y furiosos:

La última puerta que con tanta saña,
con una espada y un peso en las manos,
defiende una doncella muy hermosa
recibe a los justísimos varones (fol. 142v).

Tras su descripción de las siete virtudes que custodian las puertas, llama la ninfa, aunque luego le pregunta a Abido por los campos béticos y por sus amigas; también le interroga prolijamente acerca de «la causa y ocasión de su viaje». Abido responde que busca a Climene la dorada. Isabela le confirma que vive cerca de allí, pasando unos valles, en un albergue poblado de árboles. E insiste en la idea de que los Campos Elíseos están vedados a los humanos. Abido le pide que le acompañe, recordando que lloró sobre su sepulcro, y ella acepta: «mis pasos sigue, dijo, y comenzaba / a caminar, siguiéndola el mancebo / por dondequiera qu'ella el pie ponía» (fol. 144v). Así termina el libro VII y, como indica González Ollé, también la parte estrictamente alegórica de la obra:

Como fácilmente puede juzgarse sin necesidad de citar modelos, resulta poco original; también aquí Arbolanche adapta a su obra motivos

²⁴ La Justicia se encarga de medir las almas con su peso: «porque los que han de entrar han de medirse / con aquel peso de la razón justa / que tiene aquella virgen en la mano» (fol. 144r).

muy conocidos de la tradición literaria. La visita a lugares ultraterrenos; la compañía en ellos del espíritu de su amada, que se detiene y desaparece al comenzar aquellos otros que pueden considerarse como infernales; la presentación de un gran número de conocidos personajes, virtuosos y malvados, etc., sitúan este motivo de *Las Abidas* en la línea alegórica que arranca de Dante. Baste señalarlo así²⁵.

En definitiva, la visita a los Campos Elíseos constituye un largo pasaje (fols. 131r-144v), sin mayor valor poético o literario, fruto de la «intemperancia erudita» de Arbolanche. Por lo que toca a su presentación de las siete virtudes, resulta difícil precisar fuentes emblemáticas concretas, ya que las alusiones son muy vagas, con detalles identificativos muy tópicos²⁶.

2.7. *Los territorios de Climene*

La continuación del viaje del héroe le lleva a la región donde vive la diosa Climene. Todavía le acompaña Isabela («l'anima bella de la bella ninfa», fol. 144r), y juntos los dos pasan «sosegados valles» (fol. 144v) y llegan a los bosques donde Abido podrá por fin culminar su viaje:

... llévale por sombrosas espesuras
y solitarios bosques, hasta en uno
llegar en torno de árboles poblado,
al cual por una estrecha y breve senda
se había d'entrar (fol. 145r).

En este instante le abandona el alma de la ninfa, que desaparece repentinamente. Ya solo, Abido debe seguir un «camino angosto» para entrar en un «encerrado valle» donde oye el estridente ruido de la escuadra de ninfas que guardan el lugar. Descubre a Climene y, pese a sus continuas transformaciones mágicas, el joven supera la prueba y logra cogerla por el copete de cabellos:

²⁵ González Ollé, 1969, pp. 100-101.

²⁶ Para una representación emblemática de las siete virtudes, ver Bernat y Cull, 1999, pp. 339-40 (Fe), 322-23 (Esperanza), 179 (Caridad), 668 (Prudencia), 756-57 (Templanza), 346 (Fortaleza) y 456-58 (Justicia); ver también Alciato, *Emblemas*, ed. S. Sebastián, pp. 38-83.

Climene acá y allá esta sacudiéndose
 y súbito se vuelve en mil figuras,
 en espantable león, en oso fiero,
 en elefante, en onza, en tigre, en pardo
 y en otras fieras grandes y espantables,
 pensando poner miedo al mozo Abido.
 Mas él, bien instruido en todo aquello,
 tiene el cabello firme y muy seguro
 sin querelle soltar, de la manera
 qu'el perro encarnizado al bravo toro (fols. 145v-146r).

La diosa, convencida por la resolución del muchacho, cede a sus pretensiones. Lo unta con sangre de lechuza en los ojos y le pone el corazón del león de Litria y un ojo y una lengua de serpiente atados a la espalda para que no se asuste de las visiones de los dioses que va a contemplar. Entonces lo baja «por unas obscurísimas cavernas / llenas de un murmur triste muy funesto» (fol. 147r). Los ruidos que se oyen son las voces de los espíritus que no supieron aprovecharse de Climene, esto es, de la ocasión (Arbolanche no la desaprovecha para enumerar varios ejemplos). E inician el descenso:

Diciendo estas palabras, al profundo
 llegaron de las húmedas cavernas,
 do estaba un hondo lago revolviéndose
 con estrépitu grande y muy horrisono
 herviendo con hinchadas y altas ondas;
 ni había principio en él, ni aun fin hallaban
 que decir fin del todo se pudiese,
 que en él no había riberas, sino algunos
 peñascos de espumosa agua bañados (fol. 148r).

En este lago subterráneo Climene pone en práctica sus artes mágicas, tras colocar a Abido desnudo sobre un peñasco:

... y bajamente murmurando
 comenzó a conjurar los duros huesos
 contándole del espinazo todos
 (disperciendo sobr'él primeramente
 agua de fuentes); con vivo fuego
 sobre un altar ornado de colores
 a encender comenzó muy muchas yerbas

no de raíz cogidas, mas segadas
 a la luz de la nueva y casta luna;
 allí quemó la eringe y la verbena
 y echó del lince las entrañas útiles
 para que no interrumpa al ver la noche;
 allí echó la hipómanes amorosa
 con el redaño de las blancas yeguas,
 la sangre de la víbora y los pelos
 postreros de la cola de algún oso,
 y luego con un vaso en que tenía
 zumos de yerbas del dorado Olimpo,
 le dio a beber, y súbito de espaldas
 le echó en el lago y le bañó tres veces,
 y luego se halló vuelto en la figura
 de Alfeo, el secretario de Gargoris (fols. 148r-148v²⁷).

Climene también le da unas cenizas del ave Fénix, que debe beber para volver a su figura normal²⁸. Abido le pide que no lo deje sin guía «en este valle / lleno de obscuridad y de tinieblas» (fol. 148v). Ella le explica que de aquel «lago hondoso» nacen todos los ríos del mundo²⁹ (fols. 148v-149r); después se hace invisible, las aguas del Betis se abren y llevan a Abido hasta Hispalis.

2.8. Tradición animalística y emblemática

Aunque sea salirse del campo estricto de los lugares de la maravilla, me referiré brevemente a los elementos de la tradición animalística clásica presentes en la obra, que son muy abundantes: osas que lamen a sus hijos imperfectos (fol. 36r), los hijos de la víbora pugnando por salir del vientre materno (fol. 37r), la cornuda sierpe cerastes que atrae a las aves (fols. 51v y 157r), el pece múgil (fols. 52r y 111r), la serpiente dipsa (fol. 72r), el avejuruco, capaz de volar hacia atrás (fol. 78v), el pez pónfilo

²⁷ La virtud de estas aguas ya quedaba apuntada en los fols. 90r y 90v.

²⁸ En efecto, Abido las usará más adelante para recuperar su apariencia habitual (fol. 180r).

²⁹ En la enumeración que sigue de varios de esos ríos (Ganges, Indo, Éufrates, Nilo, Jordán...) se apuntan diversos sucesos maravillosos: propiedades curativas de sus aguas, animales fabulosos, pueblos extraños o seres prodigiosos que viven en sus cercanías, etc. (*cf.* fols. 149r y ss.).

(fol. 79r), el dragón compitiendo con el elefante (fol. 80v), la serpiente tarántola (fol. 80v), la índica ballena (fol. 80v), el alano colgado de las orejas del toro (fol. 97v), el elefante y la serpiente (fol. 98r), el pez corvina (fol. 99r), la tigre hircania (fols. 109v y 125r), la hiena (fols. 110r, 162v y 168v), el lebrél y el oso (fol. 115v), el ave Fénix (fols. 150v y 162r), el elefante que piadoso enseña la senda al perdido (fol. 156r), el cisne (fol. 157r), el ave circania (fols. 157r-157v), el pece milvago (fol. 161v), el cocodrilo (fol. 163r), el pece pulmón (fol. 168r), el pece pina (fols. 169v-170r), el animal firna (fol. 170r), el esparamarín (fols. 173v-174r), el basilisco (fol. 174v), el gusano tipula (fol. 179r), etc., etc.

Del mismo modo, la emblemática también tiene lugar en *Las Abidas*: a lo ya dicho sobre la representación alegórica de las siete virtudes y de la diosa Fortuna y la Ocasión³⁰, añádase la imagen del sarmiento y el olmo (fol. 85v), o la del dios Amor con venda en los ojos (fol. 104v), entre otros posibles ejemplos.

3. FINAL

González Ollé señalaba en su estudio que una atmósfera de irrealidad o de realidad transfigurada domina todo el poema de Arbolanche³¹. La acción de *Las Abidas* se sitúa en una época remota, de forma que se produce una desvinculación intencional con el presente actual y con el pasado auténticamente histórico. En este sentido, la descripción —o mera alusión— de diversos lugares de la maravilla contribuye también a crear esa sensación de irrealidad. La heterogeneidad de los elementos incluidos en el poema y el deseo de Arbolanche de mostrar la variedad de sus conocimientos eruditos favorecen, sin duda, la presencia de algunos lugares de la maravilla. En dos episodios esos elementos de la maravilla se presentan de forma más articulada (la descripción alegórica de los Campos Eliseos y la visita a la región de la diosa Climene), siempre en relación con pruebas que debe superar el héroe para recuperar su condición principesca.

³⁰ Sobre la Fortuna, ver nota *supra*. Respecto a la Ocasión, de Climene se indica que tiene veloces ruedas en sus ebúrneos pies (fol. 90v). Para la representación emblemática de estos dos tópicos, remito a Arellano, 1998, pp. 173-76 y la bibliografía que cita.

³¹ González Ollé, 1969, p. 139.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALCIATO, *Emblemas*, ed. S. Sebastián, 2.^a ed., Madrid, Akal, 1993.
- ARBOLANCHE, J., *Las Abidas*, edición, estudio, vocabulario y notas de F. González Ollé, Madrid, CSIC, 1969-1972, dos vols.
- ARELLANO, I., «Visiones y símbolos emblemáticos en la poesía de Cervantes», *Anales Cervantinos*, 34, 1998, pp. 169-212.
- BERNAT VISTARINI, A., CULL, J. T., *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999.
- CAMPO JESÚS, L. del, *Jerónimo de Arbolancha. Su vida y su obra*, prólogo de Leopoldo Cortejozo, Pamplona, La Acción Social, 1964.
- *Jerónimo de Arbolancha*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1975, col. «Navarra. Temas de Cultura Popular», 230.
- CASTRO, J. R., *Autores e impresos tudelanos. Siglos XI-XX*, Madrid-Pamplona, CSIC-Institución «Príncipe de Viana», 1964.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Viaje del Parnaso. Obras completas*, ed. publicada por Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla, Madrid, Gráficas Reunidas, 1922.
- *Viaje del Parnaso*, ed. crítica y anotada dispuesta por Francisco Rodríguez Marín, Madrid, C. Bermejo Impresor, 1935.
- Miguel de, *Viaje del Parnaso*, ed. y comentarios de Miguel Herrero García, Madrid, CSIC, 1983.
- GONZÁLEZ OLLÉ, F., «Observaciones filológicas al texto del *Viaje del Parnaso*», *Miscellanea di Studi Ispanici*, 6, 1963, pp. 99-109.
- «Lengua y estilo en *Las Abidas* de Jerónimo Arbolanche», *Príncipe de Viana*, 106-107, 1967, pp. 21-60.
- edición, estudio, vocabulario y notas a Jerónimo Arbolanche, *Las Abidas*, Madrid, CSIC, 1969-1972, dos vols.
- *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Dirección General de Cultura-Institución «Príncipe de Viana»), 1989.
- LIDA DE MALKIEL, M. R., *La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas*, apéndice del libro de H. R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, trad. de J. Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 369-449.
- MENÉNDEZ PELAYO, M., *Orígenes de la novela*, vol. II, *Novelas sentimental, bizantina, histórica y pastoril*, Madrid-Santander, CSIC-Aldus, 1943.
- PATCH, H. R., *El otro mundo en la literatura medieval. Seguido de un Apéndice: La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas* por María Rosa Lida de Malkiel, trad. de J. Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- RANK, O., *El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires, Paidós, 1961.
- SALINAS QUIJADA, F., *Navarros universales: Sancho el Fuerte, Bartolomé de Carranza, Martín de Azpilcueta y Francisco de Javier, Jerónimo de Arbolancha*, Pamplona, ed. del autor con colaboración del Gobierno de Navarra, 1991.

Los nueve Libros

de las *Hauidas de Hieronymo*
Arbolanche Poeta Tudelano.

DIRIGIDOS a la Illustrre Señora Doña
Adriana de Egues y de Biamonte.



En Çaragoça en casa de Iuan Millan.

1566.

Vedense en casa de Miguel de Suelues Infançõ.



LIBRO

primero de las Ha

uidas de Hieronymo Arbolanche.



NO ES tiempo de callar Musa mia Erato
los cafos, los successos, y fortunas
que sufrir pudo el miserable Abido
sulcando el mar en no maduros años
con el fauor del soberano choro
de las hijas del inclito Nereo
sin naue, sin gouerno, y sin Piloto,
interuiniendo en todo el gran Cupido,
que assi lo aduino su triste madre
soñando en su preñez que parirra
vn panal de miel tal que deseado
seria de quantas Nymphas han nascido
del ancho Oceano y de la madre Telus,
canta tambien como de la inconstante
fortuna, fue abatido a ter vaqueio